

—Hace un momento que os he conocido y una emoción secreta agita mi corazón.

—Ved, caballero, que estoy en vuestra casa y es inoportuna esa declaración.

—Perdonad, hasta ahora he vivido en la indiferencia, soy libre, absolutamente libre, he rehusado contraer siempre un enlace; pero ahora ---- ahora ----

—Os suplico de nuevo que guardéis silencio, ya he tenido la franqueza de revelaros mis amores, no me pertenezco, soy toda de ese hombre que ha sacrificado su porvenir por salvarme.

—Ese hombre está sentenciado! gritó don Blasco lleno de furor.

—No, no decís la verdad, él ha escapado á vuestra saña; yo, yo seré la sola víctima.

—Y quién trata de inmolaros?

—Acabemos, caballero, estoy sola, en vuestra casa y á merced de una violencia que espero no cometeréis.

—No, dijo Guevara encogiéndose de hombros, no cometeré un atentado, dejaré correr vuestra suerte á merced del destino, de nada soy responsable ---- ni de vuestro padre.

—Esto es espantoso!

—Sí, espantoso, murmuró don Blasco; y que vos no sabéis lo horrible del tormento, esos dolores intensos, esos sufrimientos sin nombre!

—Piedad! piedad!

—Y después el fuego ---- sí, el fuego lento hasta consumir al hereje, al maldito, y esparcir sus cenizas por el viento!

—Misericordia! misericordia! exclamó la jóven casi loca de la turbación.

—Pues bien, dijo resueltamente don Blasco, si quereis huir de ese espectáculo espantoso y evitar el anatema que caerá sobre vuestra cabeza cuando sigais á vuestro padre, puesto el *sambenito* y empuñando la *vela verte*, hasta dejarle en las llamas de la hoguera ----

—Callad! ---- callad! ---- me estais haciendo pedazos el corazón!

—Sacrificio por sacrificio ---- vuestro amor por vos y vuestro padre.

—Jamás! exclamó la jóven levantándose á impulsos de un valor desesperado.

—Jamás? preguntó con risa sardónica don Blasco.

—Ya os he dicho que amo á un hombre por cuya fé me dejaría llevar á la hoguera; probad si os atreveis, me siento capaz de no exhalar una sola queja ni un grito de angustia; vos no conocéis el valor de la debilidad!

—Reflexionadlo bien.

—No abuseis de mi situación, volved á ser don Blasco de Guevara!

—Lo dicho, y no retrocedo un solo paso.

—Pues al tormento! á la tumba si es preciso!

Aquel arranque fatídico impresionó hondamente á Guevara, que se quedó espantado con los ojos sobre el rostro iracundo de la jóven.

### III.

Unos toquidos dados sobre la puerta vidriera, hicieron estremecer á aquel hombre.

Levantóse trémulo y acobardado, y se acercó al dintel.

—Estoy salvada! murmuró la jóven.

—Señor, dijo el portero, una santa abuela se empeña en veros á estas horas.

—Que pase á mi estudio, dijo Guevara temblando, y sin detenerse un momento salió de la estancia dejando á la jóven recelosa por esa crisis violenta que atravesaba.

No bien don Blasco se perdió en las tinieblas del corredor,

cuando la portera se deslizó cautelosamente en el aposento y dijo á Rosalía:

—Tomad ese papel y dadme la respuesta.

La jóven tomó la esquila, pasando sus ojos sobre los renglones con la violencia de un relámpago.

“Hay quien vele por vos, estad alerta.”

—Está bien, murmuró Rosalía, y luego dirigiéndose á la portera le dijo: no tiene contestacion; pero os suplico que cuando oigais golpes en el suelo de este aposento subais, aunque vuestro amo don Blasco os arroje de la casa.

Y Rosalía le dió un anillo de brillantes.

—Me ha caido la lotería esta noche; sí que subiré y armaré jarana; comprendo de que se trata, y si vos quisiérais, en este momento os sacaba de esta casa para trasladaros á la de una parienta mia.

—Acepto, dijo la jóven viendo abierto el cielo á sus esperanzas; llevadme y os recompensaré mas de lo que habeis pensado.

—Pues bajemos antes de que mi marido se entere.

No habia tiempo que perder y la oportunidad no volveria á presentarse.

Rosalía bajó la escalera procurando no hacer ningun ruido, y temblando de congoja y sobresalto, salió de la casa de Guevara conducida por la mujer del portero.

Comenzaron á andar rumbo á los Angeles, cuando unos hombres se pusieron sobre la pista procurando descubrir algo de su fisonomía á la luz de los reverberos de las escasas tiendas del barrio.

De repente dijo uno de los hombres: “es ella” y los tres se lanzaron de súbito sobre Rosalía, le taparon la boca y cargando con la infeliz criatura, desaparecieron en las próximas callejuelas.

La portera huyó sin aventurarse á pedir socorro, por no caer en desgracia con su amo y señor don Blasco de Guevara.

#### IV.

Don Blasco de Guevara encendió una bujía de cera y la puso sobre su bufete.

A pocos instantes el portero indicaba á la bruja el estudio de su señor, y dejándolos solos volvió á ocupar su puesto en el cuarto que estaba al pie de la escalera.

—Extrañareis, dijo la bruja, señor don Blasco de Guevara, que me presente á tales horas en vuestra casa.

—No os conozco.

—Puede ser que sí, mas tarde llamaré vuestros recuerdos; por ahora hablemos de nuestro asunto.

—Es que yo no tengo ninguno.

—Puede que tengais alguno que pueda salir demasiado mal.

Blasco de Guevara escuchó aquellas palabras con una inquietud sombría.

—Habeis nacido en el Portugal, continuó la bruja, y vuestro talento y finos modales os grangearon un alto puesto en la sociedad.

—Y bien? preguntó don Blasco.

—Nada, en una noche de sarao y de juego perdisteis vuestra fortuna, luchásteis, comprometisteis vuestro crédito, apelásteis á los amigos; todo fué en vano, el abogado don Blasco de Guevara era ya un miserable. No quisisteis sin embargo bajar de vuestro escaño y pensásteis en el crimen.

—Callad, me estais calumniando! si se dejase percibir una palabra me comprometeriais espantosamente.

—No temais, vuestra escasa servidumbre se ocupa en estos momentos de un *negocio* que mucho os atañe y que precisamente es el objeto de mi visita.

Don Blasco comenzó á buscar en su mente algun medio para

hacerse de aquella mujer ó demonio, que se le habia entrado por sus puertas.

—Pareceis divagado, y necesito que me escuchéis hasta el fin.

—Vamos, dijo el abogado, ¿qué quereis de mí? todo está terminado.

—Bien, sé que estais convencido de que conozco vuestros secretos y pensais transar este asunto.

—No es eso, es que quiero ahorrar palabras, tengo negocios que me preocupan sobremanera.

—Necesito llevarme esa mujer que teneis aquí encerrada, y que pongais una órden de libertad para que deje las mazmorras de la Inquisicion una jóven mulata que aprehendisteis en la *Palma*.

—Me pedís un imposible.

—No creo que existan entre nosotros.

—Yo me he resistido siempre á faltar á mis obligaciones.

—Vuestras obligaciones!.... vuestras obligaciones! murmuró sardónicamente la vieja.

—Ademas, continuó Guevara, que.... que....

—No prosigais, caballero, os conozco perfectamente, esa jóven que en son de lástima habeis traído á vuestra casa, la juzgais presa en vuestras redes y no la soltareis así nada mas.

Don Blasco guardó silencio.

—Y sin embargo, continuó la bruja, yo no saldré de esta casa sin ella.

—Me desafiáis?

—Tal vez. Y hablando de otra cosa, recordais que existe una correspondencia entre vos y el hermano de vuestro amigo el inquisidor?

Don Blasco se estremeció.

—Me escuchais, caballero?

—No sé quien sois, exclamó Guevara, pero el diablo os arroja en mi camino.

La bruja soltó una careajada terrible.

—Creía que en las regiones apartadas de América podria vivir tranquilo.

—Y podeis, señor de Guevara.

—Decidme de una vez quién sois y lo que quereis.

—Ya he tenido el honor de hacéroslo presente.

—Pues bien, la órden os la extenderé al momento, pero Rosalía no saldrá de esta casa aunque lo manden el rey y la Inquisicion.

—Esa señora y ese señor no se tomarán la pena de ingerirse en asunto tan pequeño y miserable, teniendo otro de mejor calidad, por ejemplo, el de la captura de un pájaro de cuenta que *receptaba* los robos de los piratas de Gibraltar.

—Mentira! gritó don Blasco, ese es un rumor siniestro lanzado para perderme; mis enemigos no satisfechos aún con este destierro voluntario que me he impuesto para librarme de su saña, hacen llegar á este suelo el veneno de la calumnia.

—¿Y es mentira, caballero, que vuestra amistad con el inquisidor Clavijero proviene de las relaciones que llevábais con su hermano cuya desaparicion de España fué tan escandalosa?

—Mentira tambien, yo no he tenido mas relacion con los Clavijeros que la de una amistad verdadera.

—¿Es mentira tambien que el rey Carlos IV, solo por el gran afecto que le profesa á don Pedro Núñez de Clavijero lo ha enviado á las Indias, cuando debia estar en un presidio por las vehementes sospechas de complicidad con su hermano?

—Yo nada sé, nada quiero saber.

—Y que los adulones de ese miserable monarca, echando un velo sobre la causa seguida á Alfonso de Clavijero, no solo han perdonado al cómplice, sino que le han hecho inquisidor de México?

—Pero esto es horroroso! exclamaba Guevara.

La bruja continuó con mas alteracion:

—A vos tambien, don Blasco de Guevara, os ha alcanzado en

parte el favor del rey, los tribunales nada pudieron hacer por falta de pruebas; pero yo las tengo todas, todas, ¿lo entendeis?

Levantóse de improviso Guevara, y tomando un puñal que estaba sobre la mesa, se arrojó sobre la bruja, que dió un paso atras poniendo entre ella y don Blasco el bufete.

—Miserable! me das compasion, dijo la madre Paulina; has creido sorprenderme, sin saber que yo estoy resguardada por el diablo.

—No, no saldrás de aquí sin decirme donde están esas cartas, ó te servirá de tumba este aposento.

La bruja sacó del seno un gran reloj de oro, y haciéndole sonar la repetición marcó la sonora campanilla las once de la noche.

—Oyes esta hora? pues si pasados diez minutos no estoy en la calle, tus cartas serán puestas en manos del virey Branciforte que te aborrece como á su mayor enemigo, y estás perdido.

Guevara arrojó lejos de sí el puñal, y se tiró en la silla desesperado.

—Os humanizais, caballero? entremos en ajuste.

—Haced lo que gustéis, pero devolvedme esos papeles; nada quiero preguntaros sobre el modo con que han llegado á vuestro poder.

—Haceis bien, porque yo no querria satisfacer vuestra curiosidad.

—No me desesperéis, por Dios!

—Pues bien, comencemos por partes: poned la órden.

Don Blasco puso una órden en blanco, que entregó sin reserva á la bruja.

—Falta ahora que Rosalía abandone esta casa.

—¿Y los papeles?

—Los tendreis, os lo juro; aquí en esta cartera están algunos documentos, los otros os serán devueltos mañana.

—Bien, prescindo de mi empeño con Rosalía, primero soy yo.

—Decís bien; vamos, ya es tarde.

## V.

Don Blasco tomó la bujía y se echó á andar seguido de la madre Paulina con direccion al aposento de la jóven.

Luego que llegaron á la puerta, Guevara tocó recatadamente.

La bruja comenzó á inquietarse.

Guevara tornó á dar golpes mas fuertes sobre la madera.

—Se habrá dormido.

—Seria un sueño muy pesado.

—Entremos.

—Entremos.

La estancia estaba sola. Don Blasco lanzó una imprecación terrible.

—Miserable! me has burlado, exclamó la madre Paulina; pero yo daré contigo en la horca.

—Deteneos! deteneos! gritaba don Blasco, me habeis robado á esa jóven y conservais en esos papeles mi sentencia de muerte.

Salió corriendo, bajó las escaleras y siguió hasta el zaguan, que encontró perfectamente atrancado.

—¿Dónde, donde está? preguntó casi demente don Blasco.

—Quién, señor? contestó el portero.

—Esa bruja, esa hechicera infernal!

—Ave María Purísima! estais soñando, por aquí nadie ha pasado ni ménos salido, á nadie hemos visto.

—No, no he soñado, estoy seguro de ello, murmuró el desgraciado.

Y tornó á subir la escalera.

Al atravesar un pasillo el aire le apagó la bujía y quedó huido entre las sombras.